

Pueblos en resistencia: forjando el sujeto revolucionario comunitario

David Barkin*

Ricardo Olivares Villaseñor**

Resumen. Muchos campesinos e indígenas en México, y gran parte del Sur global, están implementando sus propias visiones de mundos nuevos que serán parte de la reorganización global que ya está en construcción. A diferencia de los debates de épocas pasadas, ahora no cabe duda de que constituyen una fuerza social y económica que está alterando la dinámica social y productiva en numerosos países. En México, continúan produciendo cultivos tradicionales, al tiempo que modifican sus técnicas para incorporar experiencias agroecológicas de otras comunidades, diversifican la producción y protegen el medio ambiente. Recientemente, están enriqueciendo esta práctica local con una sistematización de sus tradiciones y cosmologías heredadas, creando modelos efectivos de organización social, política y ambiental que otorgan autoridad a sus pretensiones de poder gestionar sus territorios de forma autónoma. Existe un creciente cuerpo de literatura científica que corrobora tal capacidad, demostrando que el conocimiento colectivo de las redes globales de comunidades locales es más efectivo para proteger la biodiversidad y atender sus propias necesidades básicas al tiempo que mejora su calidad de vida que la de las sociedades más plenamente integradas en la economía global. En conclusión, describimos cómo estas visiones dan forma a redes internacionales que están definiendo nuevos canales de colaboración, mejorando la calidad de vida y protegiendo a las comunidades de las continuas incursiones de capital.

Palabras clave: lucha de clases, sujeto revolucionario comunitario, campesino, indígena, México.

* Mexicano. Profesor distinguido, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, Ciudad de México. Correo: barkin@correo.xoc.uam.mx

** Mexicano. Profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana y ayudante del Sistema Nacional de Investigadores.

Communities in resistance: forging the communitarian revolutionary subject

Abstract: Many Peasants and Indigenous peoples in Mexico, and much of the Global South, are implementing their own visions of the many new worlds that will be part of the global reorganisation that is already under construction. In distinction to the debates of past eras, now there can be no doubt that they constitute a social and economic force that is altering the social and productive dynamics in many countries. In Mexico, they continue to produce traditional crops, while modifying their techniques to incorporate agroecological experiences from other communities, diversifying output and protecting the environment. Recently, they are enriching this local practice with a systematisation of their inherited traditions and cosmologies, creating effective models of social, political and environmental organisation that lend authority to their claims to be able to manage their territories autonomously. There is a growing body of scientific literature that substantiates this capacity, demonstrating that the collective knowledge of the global networks of local communities is more effective in protecting biodiversity and attending to their own basic needs while improving their quality of life than that of societies more fully integrated into the global economy. In conclusion, we describe how these visions are shaping international networks that are defining new channels for collaboration, improving the quality of life, and protecting communities from the continuing incursions of capital.

Keywords: class struggle, community revolutionary subject, farmer, indigenous.

Introducción

¿Quiénes son los campesinos/indígenas?, ¿qué papel han desempeñado en la historia de México?, ¿cuáles son sus funciones en México hoy y en el futuro? Estas son algunas de las preguntas candentes que enfrentamos hoy. Se propone que abordar tales cuestiones requiere repensar la historia del país desde la Revolución de 1917 y cuestionar la versión dominante de la dinámica sociopolítica de México. Para hacer esas preguntas es esencial comenzar con el maíz, porque este grano dio forma al país y a su población durante milenios. No es de menor importancia que el maíz fue creado en Mesoamérica, producto del trabajo de generaciones de pueblos indígenas que lo transformaron cuidadosamente a partir de la planta original, el teosinte, con cruces entre plantas y selección de variedades, para desarrollar la milpa, uno de los sistemas agroecológicos más admirados hoy en el mundo. También es de destacar que la milpa ha contribuido a la buena nutrición y salud de innumerables generaciones de pueblos mesoamericanos, (re)moldeando sus estructuras sociales y el propio territorio. No es de extrañar entonces que en todos los pueblos originarios existieran deidades relacionadas con el maíz, ya sea el Nal de los mayas, el Cintéotl de los mexicas, o los de muchos otros grupos étnicos.¹

En este capítulo trazamos la marginación del maíz en las últimas décadas, como resultado de la visión política de la irrelevancia del campesinado

¹ La literatura sobre la importancia de la milpa como uno de los sistemas agrícolas más innovadores es abundante. Los 38 artículos publicados en *Agroecología y Sistemas Alimentarios Sostenibles* en el tema es indicativo de su importancia; resalta los estudios recientes de Astier *et al.* (2017) y Rivera Nuñez *et al.* (2020).

en la sociedad mexicana. Dicho replanteamiento fue un producto deliberado del dominio de la imposición de un nuevo modelo de «civilización» guiado por valores pecuniarios y un *ethos* individualista que promueve la competencia destructiva, construida sobre la base de una lucha de clases que socava la sociedad y amenaza el futuro de la humanidad en el planeta. El argumento del presente texto es que son los campesinos quienes insisten en proteger el maíz, mantener la gran diversidad genética que heredaron y fortalecer las tradiciones que veneran su consumo. A pesar de su marginación, son los campesinos, muchos de los cuales son indígenas, los que cultivan, protegen y enriquecen las variedades autóctonas, las *criollas*. Son ellos los que asumen la responsabilidad de mantener los complejos ecosistemas donde nació y donde se sigue plantando.

La marginación del maíz y sus pueblos no es sólo una tragedia campesina. Tampoco pueden revertir este colapso solos. Los campesinos insisten en cultivar maíz, pero ponerlo de nuevo en un lugar adecuado requerirá la colaboración de muchos. Que se sigan cultivando variedades nativas de maíz parece un milagro, pero no es así una vez que se entiende que la poesía del *Popol Vuh* continúa como parte de la cultura, de los sistemas de creencias, más allá de las tierras de los mayas k'iché de las que se originó. En un sentido muy profundo, los mexicanos todavía están hechos de maíz: como relata el texto, fue la creación misma del maíz lo que permitió que floreciera la civilización, al entrar en la carne de las personas que lo crearon; esta era su sangre y de esta gente fue moldeada: «Así, el maíz entró (en la formación de las personas) a través del trabajo de los Progenitores, los Antepasados».²

² El *Popol Vuh* es una narración sagrada del pueblo maya k'iché en Mesoamérica desde mucho antes de la colonización española de las Américas. Conservado a través de los siglos como

Aunque hoy los campesinos parecen encontrarse en una situación precaria, es notable que sigan produciendo la mayor parte del maíz que se consume en México. Constituyen una parte muy importante e incomprendida de la población nacional; sus formas de vida, sus comunidades y sus organizaciones, sus procesos productivos, ofrecen modelos de persistencia que controvierten la larga historia de predicciones de su desaparición. Pero son un grupo social descuidado e incomprendido; muchos consideran que continuar con su existencia es un obstáculo para el avance del país, ya que estos «globalizadores» no pueden aceptar que sus prácticas productivas tradicionales, formas de organización y cosmovisiones ofrezcan caminos alternativos hacia modelos de sociedad y sostenibilidad que sean soluciones realistas a muchas de las crisis que hoy nos abruma, especialmente las sociales y ambientales.

Un poco de historia

El sector rural sufrió enormemente en los años posteriores al conflicto armado de la Revolución que llevó a la promulgación de la Constitución de 1917 con su único artículo 27. Una parte del texto original decía así:³

tradición oral, el «Libro de la Comunidad» o «Libro del Pueblo», ofrece una versión de la creación en la que la humanidad emerge y sigue siendo parte de la naturaleza, en marcado contraste con la historia judeocristiana en la que la humanidad es expulsada del Jardín del Edén por violar las leyes de la naturaleza. Una versión popular del texto fue distribuida por el Fondo de Cultura Económica en México; desde su publicación original en 1947, ha sido reeditado docenas de veces.

³ Vea el análisis de las muchas reformas posteriores del artículo 27 de la Constitución en México en Garduza Machin (2019).

La propiedad de todas las tierras y aguas dentro del territorio nacional es originalmente propiedad de la Nación, quien tiene el derecho de transferir esta propiedad a los particulares. Por lo tanto, la propiedad privada es un privilegio creado por la Nación.

La expropiación se autoriza sólo cuando proceda en interés público y sujeta al pago de una indemnización.

La Nación tendrá en todo momento el derecho de imponer a la propiedad privada las restricciones que el interés público pueda exigir, así como de regular, en beneficio social, el uso de aquellos recursos naturales susceptibles de apropiación, a fin de hacer una distribución equitativa de la riqueza pública, conservarlos, lograr un desarrollo equilibrado del país y mejorar las condiciones de vida de la población rural y urbana. A tal efecto, se dictarán las medidas necesarias para la división de grandes fincas; para el desarrollo de la pequeña propiedad; para la creación de nuevos núcleos de población agrícola con las tierras y aguas indispensables para ellos; para el fomento de la agricultura y para evitar la destrucción de elementos naturales y los daños que pueda sufrir la propiedad en detrimento de la sociedad. Los pueblos, ranchos y comunidades que carezcan de tierra y agua, o no las tengan en cantidad suficiente para las necesidades de su población, tendrán derecho a ser dotadas de ellas, quitándolas de las propiedades inmediatas, respetando siempre la pequeña propiedad.

Aunque la distribución de la tierra comenzó incluso antes del final de las hostilidades, no fue hasta la administración presidencial del general Lázaro Cárdenas (1934-1940) que grandes áreas se (re)distribuyeron entre la población rural. En los primeros 19 años de la distribución agraria (1915-1934) se distribuyeron 11.6 millones de hectáreas a 866 mil beneficiarios.

En contraste, durante el gobierno cardenista, 729 mil personas recibieron casi 18.8 millones de hectáreas, lo que inculcó una nueva dinámica en el campo mexicano que continuaría por casi 30 años. Una nueva era de progreso agrario mejoró directamente la calidad de vida en 18 mil localidades de todo el país.⁴

Fue una época de gran optimismo en el campo mexicano. La Oficina de Campos Experimentales (que se convertiría en el Instituto de Investigaciones Agrarias, IIA, en 1947) fue atendida por un grupo de agrónomos comprometidos a trabajar con los campesinos para transformar la reforma agraria en un programa que inyectara dinamismo al sector, que aumentara la productividad agrícola y mejorara el bienestar social. Sus esfuerzos rápidamente dieron frutos entre una población ansiosa por poner la tierra en producción. Sin embargo, en 1943, la Fundación Rockefeller patrocinó una Oficina de Estudios Especiales (OEE) que engendró un profundo conflicto epistemológico y político que continúa hasta nuestros días, al desafiar el camino a seguir para garantizar la prosperidad en el campo y cómo enfrentar el problema mundial de la hambruna, y la definición de quiénes serían los principales actores en el proceso. Los agrónomos mexicanos insistieron en la posibilidad y necesidad de seguir colaborando directamente con los agricultores con el fin de mejorar la productividad, aprovechando su conocimiento vernáculo de ecosistemas y plantas y enriqueciendo esta relación con los resultados del trabajo en sus campos experimentales. Por su parte, el equipo liderado por agrónomos norteamericanos insistió en la necesidad de utilizar tecnologías de última generación para desarrollar nuevas semillas, creando áreas de siembra

⁴ Los datos provienen de la muy útil publicación del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), *Estadísticas Históricas de México*, que se actualiza periódicamente y está disponible en línea.

en áreas especialmente adecuadas para promover altos rendimientos, un enfoque que pronto sería etiquetado como la «revolución verde».⁵

En esencia, la controversia entre los dos enfoques se basa en el papel de la ciencia y la tecnología en la configuración y transformación de la sociedad; *pari passu*, las diferentes epistemologías reflejan visiones contrastantes de quiénes serían los principales actores y beneficiarios de las dinámicas sociales (Jennings, 1988). Los agrónomos y especialistas del IIA se formaron en la Revolución, contribuyeron a la dinámica cardenista, al llevar los frutos de la transformación política a todas las regiones del país y en especial a los «hijos favorecidos de la revolución», en paráfrasis de Arturo Warman (1972). El programa proponía aumentar la producción de los nuevos receptores de tierras, acompañando la expansión de los programas sociales del régimen revolucionario. En contraste, el grupo OEE, y más tarde con su formalización como Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo (CIMMYT) (la filial mexicana del grupo de centros de investigación del Banco Mundial en todo el mundo), fue fuertemente influenciado por la doctrina maltusiana que dominó la visión estadounidense del mundo «subdesarrollado»; sus especialistas se centraron en el mejoramiento de nuevas semillas y «paquetes tecnológicos» suministrados por corporaciones agroindustriales transnacionales para aumentar los rendimientos. El equipo internacional no consideró los efectos diferenciales que su enfoque tendría en el uso de recursos, como el agua y los agroquímicos, ni se preocupó por favorecer a un grupo social o región a expensas de otros. Estos llamados efectos de «segunda generación» fueron mencionados en su momento y siguen siendo importantes como parte de la crítica de la respuesta de la

⁵ Transformados en el Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo (CIMMYT) en 1961, como parte del Grupo Consultivo sobre Investigación Agrícola Internacional (CGIAR), con sede en el Banco Mundial.

revolución verde a los problemas de hambruna en el mundo (Barkin y Suárez, 1972; Jennings, 1988; Lappé *et al.*, 1999; GRAIN, 2014).⁶

El éxito de las distribuciones de tierras con la colaboración de los agrónomos mexicanos del IIA no tardó en manifestarse en México. Los continuos aumentos en la producción local de alimentos fueron significativos, impulsados por una política pública de apoyo al campo, lo que ayudó a mejorar la salud y la nutrición de la población rural al tiempo que alentaba al campesinado a abastecer parte de la creciente demanda urbana. En ese nuevo entorno político, el campo comenzó a cumplir un papel importante en la prolongación del «milagro mexicano», ese periodo de más de tres décadas de crecimiento económico sostenido con estabilidad de precios (Barkin, 2018: cap. 1). Tan espectacular fue el impacto que el presidente Adolfo López Mateos pudo declarar hacia el final de su mandato (1958-1964): «¡De ahora en adelante, México nunca tendrá que sufrir la ignominia de producir tortillas con maíz importado!» El México rural respondía a la confianza depositada en sus protagonistas por el presidente Cárdenas.⁷⁸

⁶ Hoy (2022), el conflicto es evidente en la obstinada oposición de la comunidad agroindustrial y agroexportadora a la decisión del gobierno mexicano de prohibir el uso de semillas genéticamente modificadas de granos y diversos plaguicidas nocivos para el medio ambiente y la salud humana, especialmente el glifosato. Este grupo empresarial continúa movilizand una fuerte presión diplomática internacional contra el gobierno mexicano, que tomó estas medidas por sus beneficios para la salud y el medio ambiente. Para una exploración histórica detallada del conflicto, véase Ribeiro (2021).

⁷ No habría un impacto importante de las nuevas tecnologías en México promovidas por el CIMMYT durante más de 30 años, hasta que se firmó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1994 junto con el apoyo a los cambios institucionales y de políticas que facilitaron la apertura de la frontera para grandes inversiones agroindustriales y agroexportadoras con la introducción concomitante de nuevos paquetes tecnológicos que incluían las semillas y agroquímicos que comercializaban las empresas internacionales.

⁸ Al escuchar eso, le comenté al científico que me llevó a la reunión: «¡cuando un presidente declara resuelto un problema, es hora de comenzar a preocuparse!»

La lucha de clases asoma la cabeza

En las dos décadas posteriores a ese grito de victoria la producción de alimentos se estancó, cayó hasta el punto de que a finales de la década de 1960 el país importaba casi la mitad del maíz que requería para el consumo humano. Como resultado de los crecientes conflictos sociales y las políticas vacilantes, los campesinos respondieron con la desviación de una mayor parte de su producción al consumo local y con la diversificación de sus actividades productivas y sociales. Por supuesto, no tardó mucho en causar crisis y alarma, ya que el aumento de partes de las divisas de las exportaciones de petróleo tuvo que ser redirigido de proyectos industriales a alimentos básicos.

Pero la caída de la producción de alimentos no fue el único resultado. La política agrícola que había favorecido la modernización del campo, con su énfasis en proyectos de agua a gran escala e inversiones en los nuevos distritos de riego, comenzó a tener resultados dramáticos, lo que benefició a una nueva clase de *neolatifundistas* (Stavenhagen, 1973; Barkin, 2018: cap. 6), quienes encontraron un acceso acelerado a créditos y precios subsidiados para algunos insumos clave producidos por empresas estatales. La investigación agrícola también dio un giro dramático de la mejora de los sistemas integrales de producción diversificada hacia la producción de nuevas variedades híbridas de alto rendimiento que podrían plantarse con sistemas cada vez más mecanizados e industrializados, con lo que se aprovecharía la amplia disponibilidad de agua prácticamente libre de presas y acuíferos subterráneos y mano de obra muy barata.

Para tratar de contrarrestar esta tendencia, en la década de 1970 el Estado creó una nueva organización: Comisión Nacional de Suministros

Populares (Conasupo), con el propósito de promover la producción campesina ofreciendo precios garantizados para sus cultivos y subsidios para los insumos necesarios y los productos básicos de consumo. Este nuevo enfoque se complementó con la contratación de brigadas de asesores técnicos en los que se basaron y fortalecieron las organizaciones campesinas con el fin de tratar de aumentar la productividad agrícola. Otras iniciativas complementarias incluyeron la creación de agencias para apoyar la producción de café y azúcar, importantes productos de exportación.

Tales iniciativas provocaron una fuerte oposición de diferentes sectores de la sociedad. Inicialmente, la reacción empresarial fue más silenciosa que la académica, que montó una embestida intelectual en aras de demostrar que el campesinado era un grupo social condenado a desaparecer; su población era redundante y la política pública debía dedicarse a sacarla del campo. Se argumentó que, en consecuencia, el desvío de recursos públicos para prolongar su existencia debilitó el avance de las inexorables tendencias históricas hacia la modernización del campo. Dichos argumentos fueron apoyados tanto en el nivel práctico —la necesidad de fomentar el desarrollo de la agricultura modernizadora, siguiendo el modelo norteamericano— como alentados por los programas de investigación y desarrollo del CIMMYT en el nivel ideológico. Los intelectuales afirmaban que Marx tenía claro que sólo dos clases sobrevivirían como resultado del desarrollo de las fuerzas productivas en la evolución del capitalismo (Bartra, 1978; Bartra *et al.*, 1975).

Se produjo un acalorado debate. A partir de 1975 (por ejemplo, Esteva, 1978; 1980), otro grupo de intelectuales que se definieron a sí mismos como *campesinistas*, respondió con una amplia discusión sobre el significado de la perseverancia histórica en la sociedad mexicana de «los

campesinos, este obstinado y aferrado protagonista de nuestra historia» (Bartra, 2008:6). No se limitaron a los pasillos de la academia, ya que estos defensores estaban inmersos en la formulación e implementación de la política agrícola nacional y tenían los oídos de las organizaciones rurales que cumplirían un papel decisivo en la evolución del México rural durante los años siguientes. Este no es el lugar para recordar la bien documentada avalancha de materiales que llenaron las columnas de los periódicos nacionales y revistas de opinión, y que resultaron en importantes libros que servirán para informar a las generaciones futuras de la profundidad del conflicto social que se estaba gestando.

En este capítulo basta con dilucidar brevemente los antecedentes de las visiones del sector rural en disputa. Representan dos modelos opuestos del país, así como una profunda diferencia en quién controla las riendas del poder, con diferentes enfoques para satisfacer las necesidades básicas de la sociedad. Por un lado, la especialización productiva basada en «ventajas comparativas», definidas por los precios relativos de los productos en los mercados internacionales, coordinada por grupos empresariales organizados que movilizarían los recursos necesarios para aplicar sistemas productivos y tecnologías de vanguardia, con la finalidad de preparar sus actividades. En contraste, el modelo opuesto se basaba en el fortalecimiento de las sociedades rurales, a las que se les otorgaban medidas crecientes de autonomía para organizar la producción y asegurar la conservación de sus entornos naturales. Esta discusión aparentemente académica reflejó las crecientes tensiones de clase en la sociedad y la política mexicanas.

En ambos casos, el Estado sería responsable de promover la investigación y así aprovechar los conocimientos más avanzados y garantizar la disponibilidad de insumos productivos a precios asequibles. Sin embargo,

habría diferencias relevantes en cuanto a la dirección y el uso de la investigación pública, a través de los derechos de propiedad y las patentes en un caso, mientras que en el otro habría una obligación para el Estado de identificar los beneficios del patrimonio biocultural creado y desarrollado por las comunidades, protegiéndolo y asegurando que sus beneficios contribuyan al bienestar de estos productores nacionales.

Esos puntos de vista contrastantes se manifestarían como una lucha entre sociedades en competencia, en estructuras sociales y procesos de producción muy distintos. Las diferencias reflejan el profundo contraste entre las diversas cosmovisiones de las muchas comunidades indígenas y campesinas y la cosmovisión dominante del mundo judeocristiano, que surgió como un poderoso modelo de negocios guiado por los principios del capitalismo de «libre mercado», basado en la eficiencia productiva y la acumulación individual. Luis Villoro, un influyente filósofo mexicano, expresó dramáticamente este cisma en varios de sus últimos libros (2001; 2004; 2009) y especialmente en el último: *La alternativa* (2015). En el prólogo de este libro, Luis Hernández Navarro, lo resumió claramente:

Veía a las sociedades indígenas como promotoras de un movimiento independiente con el poder suficiente para acabar con la ficción de la hegemonía de la modernidad. Un movimiento con la capacidad de pasar de un Estado homogéneo a uno plural, respetuoso de sus diferencias, como camino hacia una democracia radical. Un movimiento con la visión de pasar de un gobierno centralizado a una democracia participativa, y de la asociación individualista a una verdadera comunidad (2015:17).

¿Quiénes son los campesinos?

Plantear tal pregunta implica abordar una historia de abandono. A ese segmento de la sociedad que es heredero de un fragmento de la historia más brillante y, a la vez, más descuidado de México. Sin entrar en mayores detalles, una parte fundamental de este grupo es indígena. Guillermo Bonfil Batalla habló de «una civilización negada» (1987) al referirse a este grupo; en ese momento, lo cuantificó como algo más de 6 millones de personas. Pocos años después, con el levantamiento zapatista (1994), se registraron más de 8 millones en el censo y en la Encuesta Intercensal del INEGI de 2015, 25.7 millones de personas se autoidentificaban como indígenas, es decir, 21.5 por ciento de la población total. Forman parte de 68 grupos lingüísticos, repartidos en más de 43 mil localidades y constituyen un segmento muy vulnerable de la sociedad, según las descripciones de organismos internacionales (IWGIA, 2020). Gran parte de esa población está incluida en la discusión de los campesinos en México (Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, 2019).

Identificar a los otros grupos que conforman las filas campesinas es mucho más difícil. Comienza con las personas que viven en comunidades con menos de 2 mil 500 habitantes, la definición inadecuada que todavía se usa para definir el mundo rural en México. En 2020, se reportó que 27.8 millones viven en esas comunidades (22 por ciento de la población total). Es probable que una proporción significativa de esas personas estén trabajando en el campo durante periodos importantes del año, cuando el trabajo agrícola lo requiera. Con la información actualmente disponible en México no hay manera de estimar los números de otros grupos demográficos que podrían considerarse campesinos.

No obstante, los trabajadores en el campo hacen una contribución clave a la economía nacional. Los jornaleros de los que depende la agricultura comercial para sus mercados internos y de exportación, especialmente en el norte del país, constituyen una fuerza social de gran trascendencia económica, a pesar de que su trabajo sea mal remunerado y sus condiciones de trabajo representen grandes riesgos para su vida y salud y la de sus familiares que a menudo los acompañan. A estos grupos hay que sumar una parte sustancial de los más de 11 millones de mexicanos que trabajan en la economía rural norteamericana y en las diversas industrias que procesan productos agrícolas y pecuarios en la región.

Con los profundos cambios en la economía y la sociedad mexicanas durante las últimas cuatro décadas ha habido una transformación similar en las actividades de la población rural: los campesinos y sus familias. La marginación que afectó al campo mexicano como resultado de la «(neo) liberalización» de la política económica desde los 1980, incluida la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994, obligó a muchas personas a buscar empleo en áreas urbanas o en Estados Unidos. Una consecuencia de esos cambios estructurales es la «feminización» del manejo y cultivo en la agricultura tradicional, la de pequeñas parcelas familiares o ejidales que han sido la base territorial y social para la producción de maíz (principalmente en el policultivo de la milpa). Este desarrollo es de considerable relevancia, ya que está dando lugar a una diversificación de la producción a pequeña escala e influye positivamente en la calidad de vida de las familias. También se reportan continuos incrementos en la productividad de la milpa en el sector campesino.

Los datos oficiales sobre la calidad de vida de estos grupos sociales sugieren una marcada marginación. Sin embargo, es importante considerar

las profundas diferencias en sus cosmovisiones, sus estilos de vida, organización social y la relación con sus entornos naturales al tratar de comprender las razones por las que más de una quinta parte de la población nacional (sustancialmente subestimada debido a la definición inadecuada de «rural») elige permanecer en esas regiones. Con la creciente proliferación de oportunidades para que los campesinos amplíen la gama de ocupaciones en las que se dedican, la pluriactividad laboral se ha vuelto cada vez más trascendente, retratada artísticamente en las películas mexicanas *El mil usos* (1981) y su secuela *El mil usos llegó de mojado* (1984).⁹ Este fenómeno también se convirtió en objeto de debate académico en México, ya que algunos prefirieron caracterizarlo como la «subproletarización» de estos individuos, en lugar de considerarlo como parte de una compleja estrategia de supervivencia que fortalecería a la sociedad rural, como estamos afirmando aquí.¹⁰

El proceso de flexibilidad laboral, migración y feminización contribuyó a otro fenómeno central en el campo mexicano: la recampesinación que evidencia que sus comunidades se están convirtiendo en instituciones fuertes que contribuyen a la consolidación de las sociedades rurales. La compleja transformación del mercado laboral y la reorganización de las relaciones sociales dentro de las comunidades contribuyeron a la dinámica social que se estaba desarrollando durante el último cuarto del siglo XX a consecuencia del reconocimiento de la inutilidad de tratar de lograr una mejor calidad de vida y control de sus territorios dentro de la economía nacional. Para escapar del ciclo opresivo de promesas políticas

⁹ Ambas películas fueron dirigidas por Roberto Rivera con Héctor Suárez en el papel principal.

¹⁰ Véase, por ejemplo, el agudo contraste entre De Grammont *et al.* (2008) y Barkin (2001).

incumplidas y una creciente marginación, las comunidades se vieron obligadas a exigir y luego a afirmar su autonomía política y económica. De manera tranquila, uno de los primeros grupos en organizarse para proteger su territorio y la cultura de los grupos totonacas y nahuas de la región, mediante la construcción de cooperativas viables en las que se organiza la producción y comercialización de sus productos comerciales, café y pimienta, fue Tosepan Titataniske, fundada en 1977 en la Sierra Norte de Puebla; su gama de actividades y servicios se ha ampliado drásticamente desde entonces, circunstancia que ha mejorado la vida de las más de 38 mil familias que participan actualmente¹¹ (Bartra *et al.*, 2004; González Rosales, 2020; Rojas y Méndez, 2020). En otras regiones la lucha por la autonomía requirió diferentes grados de militancia. Esto fue reconocido a regañadientes como legítimo en Oaxaca, con la incorporación de la figura de *usos y costumbres* como un mecanismo de selección de personas para puestos de liderazgo y ceremoniales en algunas comunidades locales. La redefinición de las propias comunidades está llevando a muchos campesinos a reafirmar sus raíces como «sujetos comunitarios» (Barkin y Sánchez, 2020).¹²

Por supuesto, también está la alternativa zapatista. Desde el dramático surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994, un área muy grande en el estado sureño de Chiapas ha permanecido bajo

¹¹ En la ocasión de su cuadragésimo aniversario, la organización emprendió una reflexión crítica sobre su historia y se organizó para delinear un plan prospectivo para otros 40 años. Este notable ejercicio contribuyó a fortalecer las instituciones comunitarias y esbozar líneas para su evolución (Boege y Fernández, 2017).

¹² En 1995, el Congreso del estado de Oaxaca aprobó una reforma legal que reconoce la elección municipal a través de un sistema tradicional de usos y costumbres como forma de gobierno legal, reflejando el pluralismo de su cultura e identidad. Actualmente, 418 de los 570 municipios de Oaxaca se rigen por ese sistema (*cf.* Canedo, 2008).

el control de una compleja estructura de gobierno colectivo que continúa administrando la región en la que participan hasta 500 mil personas. Durante más de un cuarto de siglo han establecido las instituciones básicas y los sistemas productivos para asegurar una mejor calidad de vida mientras se construyen sobre los procesos culturales y cosmológicos heredados de las muchas etnias del mundo maya que coexisten en su territorio (Mora, 2018). Como se sugirió anteriormente, desde entonces han surgido muchos otros esfuerzos organizados para ejercer el control autónomo de los territorios comunitarios y las estructuras de gobernanza en todo México; una de las más dramáticas es la experiencia de Cherán, una comunidad p'urhépecha en las tierras altas de Michoacán, donde un grupo de mujeres se enfrentó a una pandilla organizada de cazadores furtivos forestales, lo que provocó un movimiento colectivo para reclamar las costumbres tradicionales y los procesos de gobernanza, y creó un proceso para proteger su bosque y mejorar el bienestar de la comunidad (Gasparello, 2018).

Como consecuencia de estas complejas dinámicas, hoy encontramos campesinos mexicanos en casi todas partes. No sólo se limitan a sus comunidades de origen o a las ciudades donde nacieron, fruto de dinámicas laborales y políticas del pasado. Encontramos algunos en las universidades, preparándose para regresar, para contribuir a realizar su potencial productivo, para asumir responsabilidades de gestión social y política. Otros están en el extranjero contribuyendo mediante el envío de remesas que han crecido significativamente y aseguran la supervivencia de sus familiares y la fortaleza de los sistemas productivos locales. En definitiva, el campesino de hoy es una figura compleja que refleja una nueva realidad: un mundo en el que millones de personas reconocen la necesidad de construir nuevos modelos de civilización con estructuras sociales y productivas que

contrasten marcadamente con los modelos dominantes en las regiones moldeadas por la acumulación capitalista. Son sociedades marcadas por su demanda de autonomía y control de sus territorios, su búsqueda de la justicia social y de forjar la solidaridad interna y con otras comunidades. En estos modelos existen otras formas de relacionarse con la naturaleza, de construir un metabolismo social diferente que considere los límites de la generosidad heredada y la posibilidad de rehabilitar algunas instituciones debilitadas por las generaciones pasadas.

El campesinado frente a su futuro

Quizá una de las características clave de muchas de las comunidades campesinas en México es la profunda diferencia entre sus cosmovisiones y la de la sociedad judeocristiana. Antonio Elizalde, filósofo chileno, lo expresa sintéticamente en la introducción de una colección de ensayos sobre la identidad latinoamericana: «Hemos pasado de ser naciones orgullosas de nuestra autonomía a ser países dependientes del centro imperial hegemónico» (2008:4); ahora, debemos darnos cuenta de la urgencia de forjarnos:

Una «Patria Grande», que permite crear espacios que permitan una mayor y mejor expresión de la enorme diversidad cultural que nos caracteriza como pueblos. El pueblo estadounidense es un crisol de identidades raciales, étnicas y lingüísticas; de diversas formas de expresión musical, literaria, pictórica, artesanal, de instituciones jurídicas, cosmovisiones y concepciones religiosas, y de muchos otros recursos y capacidades que abundan entre nosotros, que nos diferencian y enriquecen (Elizalde, 2008:4).

Cada vez más, las sociedades que forman parte de este crisol exigen más respeto y más atención a sus tradiciones, sus patrimonios y sus derechos, reconocidos y codificados en la legislación internacional, e incorporados a la jurisprudencia nacional con su ratificación por la mayoría de los países de la región. La recuperación del patrimonio de filosofías de sus antepasados se ha convertido en obra de los propios pueblos, incluso cuando académicos y políticos se aprovechan de ellas para sus propios fines. Son más frecuentes las reivindicaciones de los diversos grupos de pueblos originarios y de un número creciente de grupos campesinos por la importancia de sus orígenes.

Proliferan nuevas discusiones acerca de los significados de tales cosmologías, de la reciente sistematización de las formas de organizar, gobernar y gestionar sus ecosistemas. Se traducen en demandas de autonomía que se repiten de diferentes maneras en toda la región: la alianza de los grupos en Canadá se fusionó en «Idle No More»; en Ecuador, la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie) está tomando un papel cada vez más trascendente en las elecciones nacionales y regionales y con la demanda contra Chevron por daños ecológicos en la Amazonía (Serrano, 2013); en Panamá, la formalización de las instituciones del pueblo Kuna (Bley, 2020); en Chile, la creciente estridencia con la que el pueblo mapuche está exigiendo reconocimiento (Meza-Lopehandía, 2019). En México, la discusión del significado de «comunalidad» se ha convertido en un tema común, incluso fuera de las sociedades oaxaqueñas de las que emana, luego de la publicación de varios libros sobre el tema (Robles y Cardoso, 2008; Martínez, 2010). Estas discusiones incluyen expresiones de otras formas de concebir los caminos hacia el futuro, otra visión de «la buena vida»; existen expresiones similares incrustadas en las creencias de otros

pueblos, en todo México.¹³¹⁴ *Lekil chahpanel* entre los tseltales de Chiapas (Paoli, 2019), *sesi irekani* en p'urhépecha de Michoacán (Magaña, 2017), entre varios otros, incluyendo organizaciones urbanas (Díaz *et al.*, 2017).

Son muchas las sociedades que tienen estrategias para avanzar en proceso de consolidación de sus visiones de estos otros mundos. Algunos tienen una visión de lo que Porto-Gonçalves (2003) llama «r-existencia», un camino hacia el futuro, «reapropiándose de la naturaleza, reinventando sus territorios y construyendo una racionalidad ambiental» (Porto-Gonçalves y Leff, 2015; Rivera-Núñez, 2020). Para entender dichos esfuerzos, se sugiere la necesidad de construir un nuevo léxico teórico, en un marco decolonial para acompañarlos en la superación de los obstáculos que impiden su consolidación como «sujetos comunitarios» (Porto-Gonçalves, 2015). Así, destilamos cinco principios fundamentales que son comunes a los diversos grupos involucrados en forjar estos mundos: autonomía, solidaridad, autosuficiencia, diversificación productiva, gestión sostenible del medio ambiente local (Barkin y Lemus, 2018).

Cabe destacar que se requiere una capacidad social para la vida colectiva, con respeto a sus tradiciones y aprovechando sus patrimonios culturales. Lo anterior implica la implementación de una democracia directa que incluya a todos los segmentos de la población, con un énfasis especial en superar la renuencia histórica a incluir a las mujeres en el proceso. Además,

¹³ El Convenio sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas y Tribales de la Organización Internacional del Trabajo fue ratificado en 1989; la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas fue adoptada en 2007, complementada por la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Campesinos y Otras Personas que Trabajan en Áreas Rurales en 2018.

¹⁴ Me refiero a la incorporación del concepto comunitario de «Buen Vivir» en las constituciones nacionales de Ecuador y Bolivia. Los motivos de estos procesos son fuertemente criticados por grupos indígenas que los etiquetan como oportunistas (¡o peores!) (Wanderly, 2017).

entraña mecanismos para organizar las actividades productivas, considerando las limitaciones en la explotación del medio ambiente con el propósito de desarrollar un metabolismo social responsable (Fuente *et al.*, 2019).

Los campesinos aguantarán. El debate de hace medio siglo sobre su desaparición en México parece desfasado por la realidad. Incluso las referencias textuales a las interpretaciones de Karl Marx resultaron inexactas: en 1881 escribió una carta a Vera Zasúlich reconociendo el potencial revolucionario de los campesinos en Rusia (Marx y Engel, 1974). Hoy su presencia en el escenario mundial es incuestionable: La Vía Campesina es la organización social más grande del mundo, con más de 200 millones de miembros en organizaciones activas ubicadas en más de 80 países.¹⁵ Su participación en foros internacionales y nacionales la convierte en una fuerza que ofrece una dinámica significativa, al promover la autosuficiencia alimentaria a través de la combinación de conocimientos tradicionales e importantes innovaciones de una agroecología informada campesina (Rosset *et al.*, 2021). Las innovaciones introducidas en su práctica desde su fundación en 1993, como las escuelas campesinas, inspiradas en la experiencia mexicana y brasileña, y su insistencia en la gobernanza desde abajo, han hecho de La Vía Campesina una voz respetada y efectiva, en particular en este periodo de pandemia (James *et al.*, 2021).

Otra organización que está conformada por campesinos es el Consorcio de Comunidades Indígenas y Áreas de Conservación, o Territorios de Vida, que se formó oficialmente en 2010.¹⁶ Ésta representa a más de 150 organizaciones en 81 países comprometidas a apoyarse mutuamente en la promoción de estrategias con el fin de avanzar en sus capacidades,

¹⁵ Consúltese en <https://laviacampesina.org>

¹⁶ Para mayor información, véase <https://www.iccacosotium.org>

mejorar su calidad de vida y hacer cumplir sus reclamos de autonomía en los niveles regional, nacional e internacional. Estas comunidades indígenas ocupan más de una cuarta parte de la superficie terrestre del planeta (Garnett *et al.*, 2018; Fa *et al.*, 2020); son reconocidas internacionalmente por hacer importantes contribuciones a la conservación y mejora de la biodiversidad del mundo, mientras que su conocimiento acumulado de los sistemas naturales ahora se considera esencial para la gestión ambiental (Fernández-Llamazares *et al.*, 2021).

En este momento, cuando la economía «mundial» demuestra su incapacidad para enfrentar los desafíos sociales, productivos y ambientales, existe una gran urgencia por buscar alternativas (Esteva, 2020). Las sociedades campesinas y los pueblos indígenas no se limitan a esbozar propuestas estratégicas. Están construyendo los muchos mundos que necesitamos para superar los problemas de hoy con modelos que tal vez podrían contribuir algo a la búsqueda que muchos en las sociedades «globalizadas» no han encontrado. El Tapiz Global de Alternativas es otro ejemplo de la forma en que las comunidades individuales entrelazan sus experiencias en un marco más amplio a escala mundial (Kothari, 2020).¹⁷

El sujeto revolucionario comunitario

La orgullosa historia de las comunidades campesinas e indígenas mexicanas todavía se está (re)escribiendo. Así como México todavía se enfrenta a los acontecimientos que se desarrollaron con las oleadas de desembarcos

¹⁷ Para mayor información, véase <https://globaltapestryofalternatives.org>

de los primeros aventureros españoles a principios del siglo XV, años antes de la «caída» de Tenochtitlán en 1521 (Salmerón, 2021), aún no nos hemos dado cuenta de la plena relevancia de la renovada asertividad de las miles de comunidades que ya no se contentan con aceptar su lugar como sujetos obedientes en el orden globalizador en el que México se ha colocado.

Tal confianza es ahora evidente en innumerables ejemplos de grupos de comunidades que insisten en «seguir su propio camino». Consolidar sus sociedades y desarrollar nuevos caminos en aras de fortalecer sus sistemas productivos, atender las necesidades básicas de sus miembros y asegurar oportunidades educativas y de atención de salud adecuadas, al tiempo que se cuida de minimizar su abuso del medio ambiente y conservar su biodiversidad y equilibrio ecológico.

Esta letanía de responsabilidades es imponente. Y, sin embargo, las comunidades las están asumiendo con vigor y seriedad. Pero no lo están haciendo solos. Hace mucho tiempo aprendieron que las luchas de grupos individuales son fácilmente derrotadas por las estrategias deliberadas de construcción de la nación de los sistemas dentro de los cuales viven. Las alianzas y redes entre las comunidades se están formando cuidadosamente y se están construyendo puentes con organizaciones de la sociedad civil que entienden y comparten algunos o todos sus valores. Asimismo, surge una nueva dinámica global que reconoce explícitamente los peligros de la consolidación del sistema capitalista internacional y moviliza a los pueblos para hacer realidad las promesas de un pluriverso descentralizado que está surgiendo en todas partes del mundo (Kothari *et al.*, 2019; Escobar, 2020).

Muchas de las sociedades indígenas y campesinas analizadas en estas páginas se están volviendo «antisistémicas». Firmemente arraigadas en el reconocimiento de que el orden global existente no contribuirá a su bien-

estar, instigan procesos sociales, productivos, políticos y ambientales que refuerzan sus demandas de autonomía. Otras siguen tratando de negociar con el Estado, con las instituciones locales, regionales y nacionales para obtener apoyo a sus proyectos, desarrollando estrategias para afirmar su independencia, avanzando hacia diferentes grados de autonomía, con el objetivo de construir mecanismos para proteger a sus comunidades y territorios y mejorar la calidad de vida de sus miembros. A su manera, cada uno de estos pueblos está reaccionando colectivamente con la finalidad de demostrar su capacidad y compromiso para construir las nuevas sociedades que estarán mejor posicionadas para proveer a sus miembros y cuidar sus territorios, a la vez que ofrecen ejemplos de formas en que otros grupos aún incrustados en las estructuras sociopolíticas globalizadas del capitalismo podrían comenzar a experimentar con nuevas organizaciones mientras modifican su comportamiento. Como tal, entonces, muchas sociedades indígenas y campesinas se están convirtiendo en el sujeto revolucionario comunitario indican el camino hacia un futuro más vigoroso (Barkin y Sánchez, 2020).

Referencias

- Astier, M. *et al.* (2017). «Back to the roots: understanding current agroecological movement, science, and practice in Mexico». *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 41(3-4), pp. 329-348.
- Barkin, D. (2018). *De la protesta a la propuesta: 50 años imaginando y construyendo el futuro*. México: Siglo XXI / Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

- Barkin, D. y Lemus, B. (2018). «Construyendo mundos pos-capitalistas». En Barkin, D., *De la protesta a la propuesta: 50 años imaginando y construyendo el futuro* (pp. 514-540). México: Siglo XXI/Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Barkin, D. y Sánchez, A. (2020). «The Communitarian Revolutionary Subject: new forms of social transformation». *Third World Quarterly*, 41(8), pp. 1421-1441.
- Bartra, R. (1978). *Estructura agraria y clases sociales en México*. México: Ediciones Era.
- Bartra, R., Boege Schmidt, E., Calvo, P., Gutiérrez, J., Martínez Vásquez, V.R. y Paré, L. (1975). *Caciquismo y poder político en el México rural*. México: Siglo XXI.
- Bartra Vergés, A. (2008). «Campesindios. Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado». *Boletín de Antropología Americana*, 44, pp. 5-24.
- Bartra Vergés, A., Cobo, R. y Paz, L. (2004). *Tosepan Titataniske. Abriendo horizontes. 27 años de historia*. México: Circo Maya / Sociedad Cooperativa Agropecuaria Regional Tosepan Titataniske.
- Bley Folly, F. (2019). «Rethinking law from below: experiences from the Kuna people and Rojava». *Globalizations*, 17(7), pp. 1291-1299.
- Boege Schmidt, E. y Fernández, L.E. (2017). *Codice Masewal. Plan de vida: soñando los próximos 40 años*. Cuetzalan, Puebla: Toesepan Titataniske.
- Bonfil Batalla, G. (1987). *México profundo: una civilización negada*. México: Grijalbo.
- Canedo Vásquez, G. (2008). «Una conquista indígena. Reconocimiento de municipios por «usos y costumbres» en Oaxaca (México)». En Cimadamore, A. (comp.), *La economía política de la pobreza* (pp. 401-426). Buenos Aires: Clacso.

- Díaz Muñoz, J.G., Sánchez Ramírez, M., Ortiz Tirado Kelly, C., Monroy Gómez, M. y Pöhls, F. (coords.) (2017). *Buen Vivir y organizaciones regionales mexicanas: miradas de la diversidad*. Guadalajara: ITESO.
- Elizalde, A. (ed.) (2007). «Identidad Latinoamericana hoy: tensiones y desafíos». *Polis. Revista Latinoamericana*, 18. Recuperado de <https://journals.openedition.org/polis/4008>
- Escobar, A. (2020). «Política pluriversal: lo real y lo posible en el pensamiento crítico y las luchas latinoamericanas contemporáneas». *Tabula Rasa*, 36:323-334
- Esteva, G. (comp.) (1978). «¿Y si los campesinos existen?». *Comercio Exterior*, 28, pp. 1436-1439.
- Esteva, G. (2020). Alternative paths of transformation. *Globalizations*. 17(2), pp. 225-231.
- Esteva, G. (1980). *La Batalla en el México Rural*. México: Siglo XXI.
- Fa, J.E., Watson J.E.M., Leiper, I., Potapov, P., Evans, T.D., Burgess, N.D., Molnár, Z., Fernández-Llamazares, A., Duncan, T., Wang, S., Austin, B., Jonas, H., Robinson, C.J., Malmer, P., Zander, K.K., Jackson, M.V., Ellis, E., Brondizio, E.S. y Garnett, S.T. (2020). «Importance of indigenous peoples' lands for the conservation of intact forest landscapes». *Frontiers in Ecology and the Environment*, 18(39), pp. 135-140.
- Fernández-Llamazares, Á., et al. «Scientists' warning to humanity on threats to indigenous and local knowledge systems». *Journal of Ethnobiology*, 41(2), pp. 144-169.
- Fuente Carrasco, M.E., Barkin, D. y Clark-Tapia, R. (2019). «Governance from below and environmental justice: Community water management from the perspective of social metabolism». *Ecological Economics*, 160, pp. 52-61.
- Garduza Machín, X.A. (2019). «El Derecho Agrario: el artículo 27 de la Constitución y sus reformas». *Perfiles De Las Ciencias Sociales*, 7(13), pp. 263-300.
- Garnett, S.T., Burgess, N.D., Fa, J.E., Fernández-Llamazares, A., Molnár, Z., Robinson, C.J., Watson, J.E.M., Zander, K.K., Austin, B., Brondizio, E.S.,

- French Collier, N., Duncan, T., Ellis, E., Geyle, H., Jackson, M.V., Jonas, H., Malmer, P., McGowan, B., Sivongxay, A. y Leiper, I. (2018). «A spatial overview of the global importance of Indigenous lands for conservation». *Nature Sustainability*, 1(7), pp. 369-374.
- Gasparello, G. (2018). «Análisis del conflicto y de la violencia en Cherán, Michoacán». *Relaciones: Estudios de historia y sociedad*, 39(155), pp. 77-112.
- González Rosales, S.D. (2020). «Discursos y Prácticas del Ejercicio del Yeknemilis (Buen Vivir) en La Unión de Cooperativas Tosepan, Sierra Nororiental de Puebla, México». En Marañón, B. (coord.), *Economías alternativas y buenos vivires* (pp. 233-253). México: Instituto de Investigaciones Económicas UNAM/Clacso.
- GRAIN (2014). «Hungry for land: small farmers feed the world with less than a quarter of all farmland». Recuperado de <https://grain.org/article/entries/4929-hungry-for-land-small-farmers-feed-the-world-with-less-than-a-quarter-of-all-farmland>
- Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (Inali) (5 de febrero de 2019). «En el país, 25 millones de personas se reconocen como indígenas: Inali», Comunicado a medios núm. 3. Recuperado de <https://www.inali.gob.mx/es/comunicados/701-2019-02-08-15-22-50.html>
- IWGIA (Grupo de Trabajo Internacional sobre Asuntos Indígenas), (2020). *El mundo indígena, 2020*. Copenhague: IWGIA.
- James, D., Bowness, E., Robin, T., McIntyre, A., Dring, C., Desmarais, A. y Wittman, A. (2021). «Dismantling and rebuilding the food system after COVID-19: ten principles for redistribution and regeneration». *Journal of Agriculture, Food Systems, and Community Development*, 10(2), pp. 29-51.
- Jennings, B.H. (1988). *Foundations of international agricultural research: science and politics in Mexican agriculture*. Boulder: Westview.

- Kothari, A. (2020). «Earth Vikalp Sangam: proposal for a global tapestry of alternatives». *Globalizations*, 17(2), pp. 245-249.
- Kothari, A., Salleh, A., Escobar, A., Demaria, F. y Acosta, A. (eds.) (2019). *Pluriverso: un diccionario post-desarrollo*. Barcelona: Icaria. Recuperado de https://globaltapestryofalternatives.org/_media/publications:es:pluriverso_un_diccionario_del_postdesarrollo.pdf
- Lappé, F.M., Collins, J. y Rosset, P.M. (1999). *World hunger: twelve myths*. Nueva York: Grove Press.
- Magaña Mejía, D.A. (2017). «Educación purhépecha: La configuración del sesi irekani y la reproducción cultural». *Ethos Educativo*, (50), pp. 129-172.
- Martínez Luna, J. (2010). *Eso que llaman comunalidad*. Oaxaca: Conaculta.
- Marx, K. y Engels, F. (1974). *Obras escogidas*, tomo III. Moscú: Progreso.
- Meza-Lopehandía G., M. (2019). «Principales demandas mapuche como reivindicaciones de derechos humanos Derechos Políticos, Económicos, Sociales y Culturales», Santiago de Chile: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, Asesoría Técnica Parlamentaria.
- Mora, Mariana (2018). *Política kuxlejal: autonomía indígena, el estado racial e investigación descolonizante en comunidades zapatistas*. México: Ciesas.
- Paoli Bolio, A. (2019). *Lekil chahpanel y derechos humanos: prácticas e ideales tseltales del comité de Derechos Humanos*. Ocosingo Chiapas: Universidad Intercultural de Chiapas/Fray Pedro Lorenzo de la Nada, A.C.
- Pérez Correa, E., Quijano, M.F. y Cartón De Grammont, H. (comps.) (2008). *La nueva ruralidad en América Latina. Avances teóricos y evidencias empíricas*, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana-Clacso.
- Porto-Goncalves, C.W. (2003). «La geographicalidad de lo social: una contribución al debate metodológico sobre el estudio del conflicto y los movimientos

- sociales en América Latina». En J. Seone (comp.), *Movimientos sociales y conflicto en América Latina* (pp. 141-150). Buenos Aires: Clacso.
- Porto-Goncalves, C.W. (2015). «Por la vida, la dignidad y el territorio: un nuevo léxico teórico político desde las luchas sociales en Latinoamérica/Abya Yala/Quilombola», *Polis: Revista Latinoamericana* (41), pp. 238-251.
- Porto Goncalves, C.W. y Leff, E. (2015). «Political ecology in Latin America: the social re-appropriation of nature, the reinvention of yerritories and the construction of an environmental rationality», *Desenvolvimento e Meio Ambiente* (35), pp. 65-88.
- Ribeiro, S. (2021). *Maíz: transgénicos y transnacionales*, México: Itaca/Fundación Boell.
- Rivera-Núñez, T. (2020). «Agroecología histórica maya en las tierras bajas de México». *Ethnoscientia*, 5(1).
- Rivera-Núñez, T., Fargher, L. y Nigh, R. (2020). «Toward an historical agroecology: an academic approach in which time and space matter». *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 44(8), pp. 975-1011.
- Robles Hernández, S. y Cardoso Jiménez, R. (coords.) (2008). *Floriberto Díaz. Escrito. Comunalidad, energía viva del pensamiento mixe Ayuujksënää yën - ayuujkwënää ny - ayuujk mëk äjtën*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rojas Herrera, María Elena y Diana Alejandra Méndez Rojas (2020). «Educar para la solidaridad: la experiencia de la Unión de Cooperativas Tosepan Titataniske». *Textual*, 76, pp. 45-73.
- Rosset, P.M., Pinheiro Barbosa, L., Val, V. y McCune, N. (2021). «Pensamiento latinoamericano agroecológico: the emergence of a critical Latin American agroecology». *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 45(1), pp. 42-64.

- Salmerón Sanginés, P. (2021). *La batalla por Tenochtitlan*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Serrano, H. (2013). *Caso Chevron-Texaco: cuando los pueblos toman la palabra*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Stavenhagen, R. (1973). «Aspectos sociales de la estructura agraria en México». En Stavenhagen, R. *et al.*, *Neolatifundismo y explotación: de Emiliano Zapata a Anderson Clayton & Co*. México: Nuestro Tiempo.
- Villoro, L. (2001). *De la libertad a la comunidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Villoro, L. (2004). *Creecer, saber conocer*. México: Siglo XXI.
- Villoro, L. (2009). *Tres retos de la sociedad por venir. Justicia, democracia, pluralidad*. México: Siglo XXI.
- Villoro, L. (2015). *La alternativa: perspectivas y posibilidades de cambio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wanderly, F. (2017). «Entre el extractivismo y el Vivir Bien: experiencias y desafíos desde Bolivia». *Estudios Críticos del Desarrollo*, 7(12), pp. 211-247.
- Warman, A. (1972). *Los campesinos: hijos predilectos del régimen*. México: Nuestro Tiempo.